



AVALLONE

## Estados Unidos y los árabes

*LA MAYORÍA DE LOS árabes no critica a EE. UU. por lo que es, sino por lo que hace: como su apoyo, que se percibe incondicional, a Israel*

PASCAL BONIFACE - 03:46 horas - 08/02/2004

Estados Unidos ha lanzado una gran ofensiva mediática destinada al mundo árabe. Acaba de crear una nueva cadena de televisión, Al Hurra (que significa en árabe "el que es libre") de información y entretenimiento que emite por satélite desde Springfield, cerca de Washington,

bajo la supervisión de la agencia estadounidense de proyectos audiovisuales en el extranjero. No se trata, en consecuencia, de una cadena privada que funciona según las leyes del mercado, sino de un medio de comunicación controlado directamente por el Gobierno de Estados Unidos, cuyo primer presupuesto anual se eleva a 62 millones de dólares. Tendrá un cierto aire de independencia, pues su redacción se compondrá principalmente de periodistas árabes. En todo caso, las informaciones que difunda no serán demasiado molestas para el Gobierno de Estados Unidos ni sus análisis criticarán excesivamente la política exterior norteamericana. Su objetivo es conquistar los corazones y espíritus del mundo árabe y convencer del carácter positivo de la política exterior norteamericana hacia el mundo árabe. Estados Unidos ha puesto también en funcionamiento Radio Sawa, que trata de atraerse a la juventud árabe emitiendo música tanto de Oriente como de Occidente. El modelo de estos medios de comunicación, un tanto singulares, son las emisoras Voice of America y Radio Free Europe, que Estados Unidos puso en marcha durante la guerra fría para contrarrestar la propaganda soviética. La guerra de la información, pues, continúa. Este proyecto, inspirado en un pasado que se creía superado, refleja la toma de conciencia de los responsables norteamericanos sobre la creciente impopularidad de Estados Unidos entre los árabes, impopularidad que pone en peligro el conjunto de su política en Oriente Próximo.

Esta iniciativa se acompaña de anuncios radiofónicos, publicidad en la prensa árabe y un sitio en internet (en inglés, indonesio o francés): [www.opendialogue.org](http://www.opendialogue.org), destinado al mundo musulmán. La Administración Bush financia asimismo un programa universitario dotado con 25 millones de dólares de ayuda a la juventud árabe para cursar estudios en Estados Unidos. Otra iniciativa que pretende ser seductora...

Sin embargo, es posible que esta operación de seducción sea difícil de llevar a la práctica. Las restricciones jurídicas de la Patriot Act de 2001 han limitado notablemente las posibilidades de que la población musulmana entre en Estados Unidos. La nueva política de visados, más que combatir el creciente radicalismo y antiamericanismo de numerosos jóvenes musulmanes en el mundo, no hace más que alentar este resentimiento. En una época en que Estados Unidos precisa más que nunca de embajadores pronorteamericanos –se

lamentan numerosos estudiantes universitarios– su Gobierno parece querer apartar de sí a toda una nueva generación.

En cuanto a las informaciones difundidas por Al Hurra o Radio Sawa, ¿cúal será su credibilidad? ¿Creen realmente los responsables de Washington que las opiniones se pueden modelar hasta este extremo? ¿Que resulta fácil modificar rápidamente la opinión de la sociedad?

Olvidan, simplemente, que una campaña de comunicación no puede tener éxito más que si descansa en la adecuada apreciación de una determinada realidad. En este sentido, no es posible ayudar a cobrar conciencia, a prometer determinados sentimientos con respecto a un fenómeno... para crear desde la nada, ni siquiera para comunicar saliendo al encuentro de lo que las distintas ciudadanías están dispuestas a oír. Una política de comunicación, por buena que sea, no puede reemplazar a una buena política. Unos cuantos anuncios y músicas atractivas no pueden cambiar gran cosa acerca de lo que piensan los musulmanes sobre la política norteamericana. Aunque tampoco es que piensen muchas cosas buenas. Y, desde un punto de vista global, consideran que los norteamericanos no aplican una política favorable a su causa.

Ello no obedece a un antiamericanismo visceral y perpetuo, sino, más bien, a una política exterior que se estima desfavorable a los árabes y demasiado favorable a Israel.

En abril de 2002, el Arab American Institute publicó un estudio sobre la opinión de la política norteamericana en los países árabes y musulmanes, que presentaba la cuestión palestina como la más importante a ojos del mundo árabe, en una proporción de 2/3 a 4/5.

Las personas encuestadas manifestaban opiniones básicamente favorables sobre la ciencia, la tecnología, el sistema universitario y los productos norteamericanos de consumo o culturales. No existe, pues, un rechazo contra Estados Unidos como tal. Los árabes no critican, en su mayoría, a Estados Unidos por lo que es, sino por lo que hace. Las mismas personas tenían una imagen muy negativa (en un 90%) de la política norteamericana hacia los países árabes y musulmanes. El apoyo, que se percibe como incondicional a Israel es la fuente de frustración de las sociedades árabes. Por el contrario, en el caso de las presiones norteamericanas encaminadas a la creación efectiva de un Estado palestino, las opiniones se convertían en opiniones favorables, sin bajar nunca del 60%.

Indudablemente, se trata de un efecto derivado de la globalización, que funciona también en caso de los pueblos árabes. Desde la segunda mitad de los años noventa, las televisiones árabes vía satélite han creado un espacio público, que atrae a las elites y clases medias de los distintos países árabes, así como a sus ciudadanos en la diáspora. Incluso cuando sus regímenes políticos conservan el control de los medios de comunicación nacionales, las redes transnacionales ofrecen una alternativa. El desafío en el terreno de la opinión pública viene dado, en mayor medida, por la influencia de las elites intelectuales y las clases medias que por la “calle árabe”.

La causa palestina –que ve diariamente por televisión los carros de combate israelíes en las calles palestinas, los soldados que disparan contra civiles, las casas destruidas (9.000 desde el inicio de la segunda “intifada”), los olivos arrancados, las filas interminables de espera en los puestos de control, los relatos pormenorizados de actos de represión– se ha convertido en “la” causa árabe e, incluso, musulmana.

La presidenta indonesia, Megawati Sukarnoputri, considerada como la líder moderada del país musulmán más poblado de la tierra, deploraba el 23 de septiembre de 2003, ante la Asamblea General de la ONU, el hecho de que una política injusta y unilateral en Oriente Medio fomenta un clima de violencia. La presidenta consideraba que las potencias occidentales, cuyos ciudadanos se habían convertido en el objetivo principal de los grupos terroristas, habían de revisar su política antiterrorista, afrontando sobre todo el problema palestino-israelí para garantizar que todas las partes implicadas reciban un trato equitativo.

El ex presidente norteamericano Jimmy Carter declaraba en la ceremonia de la firma del acuerdo de Ginebra, el 1 de diciembre de 2003: "La Administración que gobierna en Washington se equivoca. Apoya sin reservas al Gobierno de Israel e ignora los sufrimientos del pueblo palestino. Es injusto. Esta política es una de las fuentes del antiamericanismo existente en el mundo". La reacción al discurso del presidente de Estados Unidos en otoño del 2003 haciendo un llamamiento en favor de mayor democracia en Oriente Medio tampoco ha convencido a nadie en el mundo árabe. La conclusión más extendida es que este tipo de discurso será inútil mientras no se adopte ninguna medida concreta para acabar con la ocupación israelí. Sahar Baasiri escribía al respecto en el periódico libanés "Al Nayar": "Es necesario, ante todo, resolver la cuestión fundamental de Palestina y el escandaloso prejuicio norteamericano en favor de Israel y contra los árabes". Por su parte, el secretario general de la Liga Árabe declaraba que los sentimientos antiamericanos en el mundo árabe provenían no de su apoyo a los regímenes árabes autoritarios, sino de su prejuicio favorable en un "99,9%" a Israel. La guerra de Iraq, desencadenada sobre la base de la acusación de la falta de cumplimiento por parte de Iraq de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, no ha contribuido a arreglar las cosas. Si bien podemos congratularnos de habernos librado de Saddam, no es menos cierto que se ha visto reforzada la constatación de la existencia de dos pesos y dos medidas. Israel, que no se distingue por un respeto escrupuloso de las resoluciones de las Naciones Unidas, no ha sufrido consecuencias diplomáticas negativas derivadas de su actitud. En estas circunstancias, si George W. Bush quiere que el blasón norteamericano resplandezca de nuevo en el mundo árabe y musulmán, será mejor que ejerza alguna presión sobre Sharon en lugar de crear una cadena de televisión.

P. BONIFACE, director del Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas (IRIS) de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa